

EL LEGADO DE AMIGHETTI

*María de los Angeles Giralt ***

Recientemente el reconocido Maestro costarricense Francisco Amighetti Ruiz fue galardonado con la máxima distinción, que otorga la Universidad de Costa Rica: el Doctorado Honoris Causa, en reconocimiento a su invaluable labor como artista, escritor y académico, así como por su extraordinario aporte a la cultura nacional e internacional.

La obra fecunda de Amighetti ha contribuido a cimentar un arte costarricense de proyección internacional en sus pinturas, sus murales, sus grabados, su prosa y su poesía... Nuestras aulas universitarias se vieron honradas con su presencia durante 20 años, en los cuales compartió su trabajo y su talento con auditorios de cien o más estudiantes.

Fue en el Auditorio Abelardo Bonilla, en el curso de apreciación Artística, donde algunos pudimos escuchar su palabra y admirar su colección de transparencias; el mismo don Francisco en sus Conversaciones, recoge los actos de dos décadas de enseñanza:

"También he recibido personalmente el testimonio de aquellos a quienes desperté a un mundo que no hablan sospechado".

Sin embargo, los sueños de don Francisco necesitaban espacio, debían volar más allá de nuestras aulas y de nuestros predios; por eso emigró hacia los "parques de ciudades lejanas", que también fueron sus universidades, e hizo del mundo y de su vida la más auténtica de las aulas, al aprender y enseñar de sus sueños, soledades, largos silencios, de sus recuerdos, de sus amores ...

El legado de Francisco Amighetti es gigantesco e invaluable, como podría serlo en palabras del filósofo francés: el legado del sabio, del héroe y del santo.

Sólo el sabio puede convertirse en artista universal, pintar con la palabra. y dibujar sus versos, como si del paisaje mismo pudiera "nacer una bandada de acuarelas., y de la pintura, brotar el principio y el fin de una poesía.

Sólo el héroe puede transitar el largo recorrido de la pobreza, del hambre, de la soledad, de la muerte, y recrearlas en la inmortalidad del arte, dibujando sus rostros en las mujeres de figuras tristes paradas en las puertas, en los obreros que arreglaban los adoquines de las calles, en el desamparo de los inquilinos de pensiones baratas, en su propio desamparo y en el de "los niños que tenían una mirada de hombre porque nacieron sin infancia".

Sólo el santo puede transitar tantos caminos y descubrir "entre gritos y blasfemias verticales y finos surtidores hechos de las lágrimas de los que sufren", 'que conocía a Dios'. Tal vez lo conoció desde el día en que escuchó al predicador de traje mugriento y camisa

§*Directora del Consejo Universitario de la Universidad de Costa Rica.

blanca decir cuando hablaba del demonio, que "había que recibirlo a 'patadas cuando llegara', o tal vez cuando fue a la biblioteca pública a leer la vida del otro Francisco de tantos caminos, escrita por San Buenaventura, y de la cual se inspiró el Giotto para pintar sus famosos frescos con la vida del Santo. O tal vez, no supo que conocía a Dios' en sus viajes en donde el pueblo entero era el modelo de su dibujo, 'las tejedoras, las mujeres que daban el pecho a su hijo y vendían frutas, las que lavaban en los ríos, las alfareras, los ancianos, las prostitutas, los bebedores'. O a lo mejor lo conoció desde siempre en su vieja casa, al lado de la abuela luchadora que había sembrado en el patio un árbol de limón criollo.

Y ese legado monumental de don Francisco se refleja en su arte, en la búsqueda de lo absoluto, de lo inalcanzable aún recorriendo todos los parques y caminos, en la verdad que se aleja, al tratar de abarcar la totalidad imposible de la experiencia humana, en el amor infinito que sólo se alcanza con aquella piedrita azul que sirve para que nunca se vaya el amor.

La extraordinaria belleza de sus retablos, xilografías, óleos, acuarelas, dibujos, grabados, de sus murales, no fueron suficiente para el alma apasionada del artista que trataba, como decía uno de sus discípulos, "de mirar con los sentidos". "Humano, demasiado humano"; tanto que necesitó no sólo entrar sino también sumergirse en la vida, como lo había hecho don Miguel de Unamuno, el filósofo rector de la Universidad de Salamanca. Al saturarse de humanidad, el artista costarricense rompió sus propios límites Para trascender; por eso su plástica necesitó de la palabra y la palabra de la imagen para desdoblarse. Por eso, el artista tuvo que asociarse tantas veces a la ventana de sus pinturas, recordando "que hay casas en que la ventana es el único cuadro colgado en la pared", la ventana nos da libertad, "nos ahogáramos, no seríamos hombres ni mujeres sin la ventana del color del viento"; por eso el artista hace de la ventana su universo, por ella se asoma en los días de lluvia al contemplar el milagro del tiempo y al acariciar la nostalgia de ir más lejos; y cuando no le basta convierte la totalidad de su obra en una gran ventana, en donde se encuentran el mundo de la oscuridad y el mundo de la luz, como pedazos de una misma alma o como hombres y mujeres de un mismo pueblo. A veces, cuando el silencio y la soledad lo invaden todo borrando de su fondo la ventana, el artista que con sus pinceles y herramientas insiste en penetrar el misterio de lo humano, acude entonces a la imagen del espejo: a través del espejo, los parques, los niños, los ancianos cobran un nuevo significado; lo real se sumerge en lo irreal como en un "cristal mágico" "es un dormir con los ojos abiertos, como si todo sucediera mucho más lejos y con un gran silencio", y en donde el mismo "cielo siempre necesitará un espejo". Los sueños adquieren incluso una tonalidad diferente a través del espejo, por eso Amighetti se asoma al rostro de Rembrandt en el espejo negro de su cuadro.

No quisiera terminar sin mencionar la belleza de la Obra Literaria de Francisco Amighetti publicada hace escasos años por la Editorial de la Universidad de Costa Rica, la cual en 1989 habla hecho una extraordinaria presentación de sus acuarelas y xilografías con una hermosa introducción de Joaquín Gutiérrez. Este aporte de la editorial merece nuestro mayor reconocimiento. Es necesario mencionar también las importantes obras de nuestros profesores

de Filosofía y artes plásticas, Rafael Angel Herra en sus Conversaciones y la de don Willie Montero en los 60 años de labor artística del maestro. Ellos han sabido leer en el alma del artista.

El Consejo Universitario de la Universidad de Costa Rica entregó a Amighetti la máxima distinción de esta casa de estudios superiores que dignifica a esta institución y al país, al valorar la trayectoria de toda una vida del hombre, del artista y del maestro que nunca dejó de ser niño, que pintó e hizo poemas con alma de niño y que se fue un día persiguiendo una nube por los caminos de hojas secas, soñando que para ser libre como el viento además de tener una ventana.

"Hay que ser vagabundo como un niño que no sabe de tiempo y de salarios, para otra vez mirar con los sentidos que existe el cielo, el caracol y el árbol".